

Cuando el último cable de soporte dio un latigazo contra la pared del refugio sonó un chasquido violento y la cabaña entera se desplazó lateralmente una distancia considerable. El quinqué pendulaba en la ventana, la vela estaba a punto de apagarse y Patrick había desaparecido.

Los tablones de las paredes crujieron y se doblaron como si fueran a partirse bajo esa nueva embestida de la tormenta. El extremo opuesto del tejado se hundió y quedó convertido en un amasijo de tablas, vigas y polvo que se mezclaban con la nieve que volaba alrededor del refugio. La vela se apagó y el quinqué oscilaba en la ventana como un pelele. Patrick había saltado a toda prisa hacia la esquina del refugio, antes incluso de que el suelo dejara de moverse, y luego, con un gesto rápido y fluido, se había girado para agarrar a Cassie del hombro. Ella estaba bajo la mesa con el cuerpo de él atravesado sobre el suyo cuando oyó que el techo se desplomaba. Sintió un fuerte impacto y escuchó un gemido de dolor. Él había recibido el golpe. Vio que la mesa que tenía encima se había partido. Al principio quiso gritar, pero en seguida se conformó con poder respirar. El peso de él la estaba asfixiando. Él yacía inmóvil en la oscuridad, debajo de la mesa, y ella intentaba girar la cabeza para verle la cara, pero no podía moverse. Tratando de vencer el pánico que se estaba apoderando de ella, respiró someramente varias veces y después contuvo el

aliento para escuchar si él respiraba. ¿Estaba consciente? ¿Dónde habría recibido el golpe? Sintió el pecho de él moviéndose contra el suyo. Por lo menos, estaba respirando.

—¿Patrick? —susurró sin obtener respuesta—. ¿Patrick? —repitió en un tono más alto y que en la oscuridad sonó incluso estridente.

—¡Shhh! —llegó como respuesta, y ella sintió que su temor disminuía—. ¡Quieta, estoy escuchando!

Sintiéndose regañada por esa voz autoritaria, también ella se puso a escuchar. El viento sonaba de manera constante, como un clamor de fondo. Sentía copos de nieve derritiéndose en su rostro. De vez en cuando sonaban chasquidos y de pronto llegó un ruido continuo y rasgado que parecía abrirse paso entre el vendaval.

—Eso es el tejado, que se está arrancando —le oyó decir—. Ahora no deberemos tener problemas. —Sintió que él se movía y descargaba el peso del cuerpo con el que la había protegido. La mesa basculó y los extremos astillados de dos vigas de madera cayeron sobre el suelo cerca de allí—. Quédate aquí. No te muevas —ordenó, aunque ella no tenía intención de hacerlo ni tampoco comprendía por qué a Patrick le aliviaba que parte del tejado hubiera salido volando.

Gimiendo por el esfuerzo, Patrick levantó la mesa con su espalda mientras seguían cayendo al suelo tablas del techo. Un hollín agrio revoloteaba a su alrededor y Cassie sintió que un líquido le salpicaba el rostro y se le escurría por los labios. Lo relamió para saber qué era y le llegó el sabor arenoso de vino y polvo. Patrick empujó la mesa hacia un lado y se puso de pie como pudo. Ella veía la luz del quinqué dando bandazos colgado del marco de la ventana que seguía intacta. La nieve volaba disparada y le sorprendió que por encima de la ventana se viera directamente el oscuro cielo de la noche. Movié la cabeza para mirar al suelo y vio un caos de tablas y trozos de viga amontonadas sobre el cobijo que él había preparado debajo de la cama. El interior del refugio parecía ahora un extraño rombo deformado. En la esquina opuesta no había techo y la nieve se colaba a través de una gran abertura triangular. El tejado se había visto levantado y arrancado en parte antes de volver a caer y quedar precariamente apoyado en cuatro paredes retorcidas. La estufa seguía en pie y el tubo de la chimenea desaparecía entre el amasijo de tablones del techo. Daba la impresión de que encima del techo ya no hubiera nada, y ella se preguntaba si no habría salido volando el tejado entero.

De pronto vio el haz deslumbrante de una linterna frontal y oyó a Patrick moviéndose con precaución entre los escombros. El ruido que hacían los tablones al moverse se superponía al del viento. Cassie comenzó a temblar de frío. Si el tejado no había desaparecido, el calor desde luego sí que lo había hecho y ella comenzó a levantarse lentamente del suelo hasta que la cabeza le chocó contra el tablero roto de la mesa.

—¡No te muevas! —Su voz era cortante y airada.

—Necesito una chaqueta, me estoy helando.

Patrick movió más tablones y el haz de su frontal iba de lado a lado, dejando oscuridad tras su estela. Luego, ella sintió que algo de nailon le rozaba la mano. Era el plumífero amarillo.

—Toma, pónelo —ordenó él—, pero quédate ahí. Tengo que organizar esto.

La luz de la linterna se alejó y ella se puso la chaqueta como buenamente pudo. Acurrucada bajo los restos de la mesa, logró estirarse hasta alcanzar la base del quinqué. Lo levantó con cuidado para descolgarlo y lo apoyó en el suelo junto a ella. Su luz amarillenta parecía abrigar un poco, pero también la deslumbraba y no le permitía ver lo que ocurría más allá de las sombrías ruinas del refugio.

Observaba los destellos de la frontal de Patrick y le oía trajinando, y se dio cuenta de que se encontraba bastante tranquila. Él había contado con que algo así pudiera suceder y disponía de un plan para ello.

Se limpió el polvo de los labios y, acordándose del beso, no pudo evitar que se le escapara una risilla. Cuando él regresó para vigilar cómo iban las cosas debajo de la mesa, la cegó momentáneamente con su frontal y luego se la quedó mirando extrañado.

—Ahora ya estamos seguros —dijo por fin, y le dio una mano para ayudarla a salir. Ella vio que la venda estaba manchada de sangre reciente y se preguntó si le habrían saltado los puntos. Le pasó el quinqué y luego salió gateando de debajo de la mesa. El suelo del refugio estaba cubierto de una capa de nieve en polvo reciente y al ponerse en pie vio copos blancos que escupían nubecillas de vapor cuando tocaban las paredes de la estufa.

—Sí, lo sé —dijo Patrick al ver que ella miraba a su alrededor—. Sé que estarás pensando que el refugio no tiene buena pinta ¿verdad? Posiblemente fuera mejor que el tejado se volara del todo. Así al menos sería probable que las paredes siguieran en pie.

Cassie se cerró la cremallera del plumífero y, tiritando, se puso la capucha.

—Vamos —dijo Patrick tomándola de un codo y guiándola por delante de la estufa—. Lo he dejado muy acogedor.

Dirigió el haz de la linterna hacia la cama. Había extendido por encima los tablones y las vigas del techo parcialmente hundido, y ahora asomaban apoyadas sobre las cajas de madera y casi llegaban hasta la estufa. El vetusto doble techo de tienda se encontraba ahora bien tenso, aprisionado por el peso de la madera. Había dejado a un lado un hueco pequeño para entrar y, apartando hacia un lado un faldón de nailon, le indicó que se metiera a gatas. Cuando ella hubo desaparecido, tiró dentro la linterna frontal, apagó el quinqué de un soplido y luego se metió él también debajo de la cama, entrando con los pies por delante.

Cassie vio aparecer sus piernas por la entrada y se echó hacia un lado mientras él se contorneaba para terminar de entrar en el cobijo y tapaba la entrada con el extremo del doble techo. El ruido del viento se amortiguó de manera notoria cuando Patrick terminó de cerrar bien la entrada. Rodó para tumbarse de costado y se quedó apoyado sobre un codo, mirándola con la cabeza ladeada y pegada al techo.

—Aquí estaremos bien —dijo—. La estufa está llena de leña y debería durar hasta que se haga de día. Tenemos mantas, saco de dormir, agua caliente en las cantimploras, comida y, por supuesto, cigarrillos. —Levantó su estuche de tabaco con una sonrisa triunfal—. Es lo primero que busqué.

—Trae aquí —dijo Cassie palpando para buscarle la mano—. Déjame que vea eso. —Tiró de la mano vendada hacia ella y comenzó a desenrollar lentamente la venda ensangrentada.

Patrick le pasó la bolsa azul del botiquín y una botella de alcohol mientras ella terminaba de levantar con delicadeza la gasa que cubría la herida.

—Piensas en todo ¿no es así? —dijo ella quitándole el tapón a la botella.

—Lo intento —respondió dando un respingo cuando ella le roció un chorro de alcohol en la palma herida.

—Debo de ser mejor de lo que pensaba haciendo estas cosas —dijo Cassie al tiempo que le ponía una venda nueva encima de una gasa limpia—. Todos los puntos intactos, a pesar de tus esfuerzos por que saltaran. ¿Ahora qué?

—Hora de irse a la cama —respondió él—. Quitate esa chaqueta y extiéndela abierta sobre el saco de dormir. Así tendremos abrigo suficiente.

Estaban abrigados. Demasiado abrigados. No tardaron en apartar a un lado la chaqueta de plumas y el saco, ni en quitarse capas de ropa para usarlas como almohada. De tanto en tanto, se oía el ruido de algún tablón que salía volando y veían la llama de la vela flamear sobre la lata con las rachas de viento que se colaban como serpientes entre los huecos del refugio destartado.

Poco a poco, sin premeditación, sus cuerpos se fueron acercando. Estaban tumbados juntos, boca abajo, apoyados sobre los codos y charlaban en voz baja. Ella era consciente del calor que le transmitía el contacto de su cuerpo. Notaba perfectamente su musculosa pierna contra la rodilla. El calor fue ascendiendo por su muslo y recorriéndola sin que ella opusiera resistencia. Años más tarde, recordaría a menudo ese calor que se le esparció por dentro. Cuando eso ocurría, se detenía donde estuviera, con la mirada perdida, y las sensaciones le resultaban tan irresistibles como lo fueron en aquella ocasión años atrás. Cuando recuperaba en su mente la imagen del refugio desplazándose bruscamente hacia un lado y tabloncillos cayendo del techo, o añoraba el tacto de sus labios, recordaba lo que vino a continuación y las imágenes eran vívidas y reales. Entonces ya no intentaba evitar que él invadiera de nuevo sus recuerdos y aquella intensidad y aquel calor regresaban de manera apasionada. El curioso poderío de él pudo haberla intimidado, pero cuando se tumbó encima de ella se dio cuenta de que había estado esperando ese momento desde que se vieron por primera vez. Pensó que podría desvincularse emocionalmente de lo que hizo aquella noche con Patrick, que se convertiría en algo que ocurrió en su momento y que ocuparía apenas un pequeño rincón de su memoria del que siempre podría distanciarse. Pero su intensidad y su fuerza la dejaban sencillamente sin control, como si él hubiera tomado posesión de ella en todas las dimensiones. Jamás tendría posibilidad de ignorar ese recuerdo.

Él estaba desfogado y ella recordaba con la misma claridad que la luz de sus fotografías cómo fueron desapareciendo las prendas. También el calor que le llegaba de la estufa y la mano de él que, felina, no dejaba de explorar su cuerpo que se arqueaba de placer ante su toque. Trascendía lo físico; era como atrapar la luz perfecta.

Él dosificó sus fuerzas con cuidado durante todo el tiempo que pudo, sujetando su propio peso encima de ella, rozándole el cuello con los labios, moviendo suavemente su vientre contra el de ella una y otra vez, como si se tratara de una danza arcana en la que inclinaba la cabeza para besarla en la boca

y después trazaba con su lengua el contorno de su nuca mientras la excitación seguía en aumento y sus cuerpos se empapaban de brillo.

Pasó mucho tiempo moviéndose dentro de ella de manera infatigable. A ella le sorprendía que pudiera controlarse de esa manera. A veces se detenía en un abrazo suave, conteniéndose, esperando, aliviando la presión, y ella podía ver el esfuerzo en sus ojos mientras su cuerpo alargado y esbelto, suspendido sobre el de ella, recobraba el control. Otras veces, se apartaba para mirarla y su pecho jadeante delataba una pasión febril. El sonido de sus respiraciones parecía circular desordenado alrededor de sus movimientos callados y urgentes.

Luego, volvía a pegarse a ella, murmurando, y ella jadeaba con los brazos pasados por detrás de su cintura y tiraba de él con fuerza para tenerlo profundamente dentro. Él presionaba con brío su cuerpo contra el de Cassie y los ojos le brillaban oscuros a la luz de la vela. Se inclinó para besarla y ella respondió a su beso arqueándose para sentirle aún más dentro. Cassie gemía palabras ininteligibles, pero era un lenguaje que Patrick comprendía perfectamente mientras se derramaba y quedaba saciado sobre ella.

Durante esos instantes, pudo ver en su expresión cómo era él de verdad. En ese espacio confinado flotaron como humo la fuerza y la intensidad, el calor y la delicadeza. Y también la sensación de tragedia. Fue testigo de cómo se liberó todo ese poder emocional recluido cuando él ya no dispuso de la capacidad física para contenerlo.

Yacían quietos y en silencio y, a medida que su respiración se fue calmando, se preguntaban qué habían hecho, por qué habían permitido que sucediera. Ella supo que a partir de ese momento él siempre estaría en el filo de sus pensamientos, que siempre le sentiría cerca, amagado en algún rincón de la periferia segura y tenebrosa de sus recuerdos. Más adelante habría ocasiones en las que, haciendo memoria, encontraría ridículo poder sentir esas cosas por un encuentro tan breve, y se consolaba pensando que fue una reacción claustrofóbica a las incesantes embestidas de la tormenta, que todo aquello no fueron más que varios días intensos en los que ambos se vieron confinados en aquel lugar, expuestos el uno al otro. Eso, y un arrebato de lujuria. Pero sabía que se estaba engañando, que mentía. Desde aquel día, nunca volvió a tener la sensación de estar sola.

Ella nunca habló de sus sentimientos y los acontecimientos sobrepasaron lo que ocupaba su mente y la mantenían callada, fuera eso lo que fuera.

Tal vez habría sido el ambiente, la locura asociada al *Föhn*, pero no el amor, meditaba ella. Fue un periodo demasiado breve para el amor y ella no podía soportar la idea de estar equivocada. Pensó que eso podría aniquilarla.

Después, él se quedó inmóvil, callado, y ya no volvió a acercarse a ella. Miró hacia arriba y sus ojos, al toparse con los de ella, sonrieron de esa forma tan suya que ya había aprendido a reconocer. Ninguno de los dos se movía, como si se hubieran detenido en el momento de una despedida muda. Sencillamente se preguntaban qué acababa de suceder allí.

Fue el silencio lo que la despertó: la ausencia total de sonido. Ni ruido de viento, ni hielo flagelando los cristales, ni crujidos repentinos de tablones, tan solo una profunda calma y el pausado sonido de la respiración de él. Y ella lo recordaba todo. Habían pasado un rato fumando, sin decir nada. Se habían vuelto a poner la ropa y acomodado bajo las mantas mientras se les enfriaba el sudor del cuerpo.

Reinaba la oscuridad y durante un momento ella se encontró confusa dentro de ese apretado escondrijo. La vela se había terminado de consumir y notaba una corriente fría en la espalda. Las mantas se le habían escurrido y ya no sentía que llegara calor de la estufa. Se incorporó un poco y, empujando los tablones que sujetaban el doble techo, abrió una rendija a través de la cual se filtró una luz grisácea. Salió por ese hueco y se puso de pie lentamente.

Levantó el aro de la tapa de la estufa y vio que apenas quedaba una exigua brasa. En la cesta solo había dos trozos de leña y unas cuantas astillas de encender. Recogió con el cuenco de las manos el serrín y los trozos de corteza acumulados en fondo de la cesta y los tiró dentro de la estufa. La corteza prendió en seguida y levantó una nube de cenizas. Cuando metió las astillas y los trozos de leña, ya se había despertado la llama. Abrió el tiro y las llamas se avivaron antes de que volviera a deslizar el aro en su sitio.

Mientras se subía hasta el cuello la cremallera de la chaqueta de plumas, examinó el lamentable aspecto que presentaba el interior del refugio a la luz del amanecer. La nieve lo tapizaba todo. Bajo las dos esquinas del refugio que habían perdido el techo se acumulaban ahora montones de nieve. La mesa estaba tirada junto a la ventana y tenía las patas rotas. Fuera, la nieve se apilaba hasta una altura considerable contra el cristal y por una rendija en lo alto del paño se colaba un tenue resplandor. Aún no había salido el sol. La habitación parecía en ruinas. Vio que el tejado estaba retorcido y que se abrían grandes rendijas en las esquinas. La nieve en polvo que caía

acababa posada sobre la cama, pero todo estaba en silencio. La tormenta había pasado.

Cassie recogió la cesta de la leña y se dirigió hacia la puerta, sorprendida de no haberlo despertado. Entonces se acordó de que él había pasado prácticamente en vela la noche anterior, ocupándose de su hipotermia. Al abrir la puerta, parpadeó por la luminosidad y comenzó a abrirse paso por la nieve acumulada en el porche y que le llegaba por encima de la rodilla. Se apoyó en la barandilla y protegiéndose los ojos con la mano, miró hacia la montaña. Las rocas heladas de las torres y pilares de la parte alta de la arista apenas se vislumbraban. Al acercarse al arcón de la leña situado en el extremo del porche fue barriando con la mano la nieve acumulada en el alféizar de la ventana para que le entrara más luz al refugio.

Apoyando la cesta sobre la tapa del arcón y moviéndola de un lado a otro, apartó la nieve de la tapa hasta que vio el cerrojo. Sacó el pasador y empujó la tapa hacia arriba para levantarla y la dejó apoyada hacia atrás mientras se agachaba a recoger la cesta. Tardó una fracción de segundo en comprender lo que tenía ante sí. Había metido en el arcón la mano que le quedaba libre con la intención de coger un trozo de leña cuando vio, bajo una fina capa de nieve, el rostro cerúleo de un cadáver que parecía mirarla sin ojos. Tenía los hombros comprimidos contra las paredes del arcón y las manos entrelazadas sobre el vientre, todo recubierto de un velo blanquecino de escarcha. Pero su mente no terminaba de interpretar que lo que tenía delante era un rostro con las cuencas de los ojos vacías y una obscena expresión de sorpresa perpetua y horripilante.

Se puso a gritar, pero sin ser consciente de ello, solo de que estaba corriendo. La tapa del arcón se cerró dando un golpe que la sobresaltó todavía más y la hizo resbalar sobre los tablones húmedos y caer de rodillas sobre la nieve. Avanzó a gatas hacia la puerta del refugio, asustada de lo que acababa de ver y, tropezando con todo entre montones de nieve y gritos de angustia, cerró de un portazo y se acurrucó junto a la estufa profiriendo juramentos con voz atropellada y el corazón galopándole en el pecho.